

ca. Alejó de sí, poco á poco, á los autores de la revolución de julio, á Laffitte, á Lafayette, que obligado á dejar el mando de la guardia nacional murió de pesar el año 1834, y se rodeó de hechuras suyas, ejecutores de sus planes y afectos á sus intereses dinásticos. Aunque dueño de una fortuna inmensa, aprovechó su alto puesto para aumentarla cada día. Ya hemos dicho como eludió la ley que mandaba incorporar al Estado el patrimonio del rey, poniendo todos sus bienes á nombre de sus hijos. Luego se hizo otorgar por la Cámara una lista civil que excedía en un tercio á la fijada por la oposición. Para los miembros de su numerosa familia pedía de vez en cuando crecidas pensiones, de modo que el gobierno barato proclamado por la revolución de Julio resultó más costoso que todos los anteriores. Fué también Luis Felipe propenso á especulaciones codiciosas dentro y fuera del reino, y donde se interesaba su peculio particular, nada le importaban el mal nombre ni el ridículo. Después de haber aceptado, en las circunstancias que hemos dicho, la rica herencia del príncipe de Condé para uno de sus hijos, supo hacer desear por la Cámara de los pares una rebaja en los censos del Estado ventajosa para el país, que la Cámara electiva había aprobado á propuesta del ministro de Hacienda Humann.

Aquel sistema funesto cundió entre muchos individuos del gobierno y altos funcionarios. Comercio de empleos, cohechos, concesión de acciones de sociedades á cambio de votos dados ó prometidos, prevaricaciones, todas las malas artes del agio político, eran cosas corrientes en las altas esferas, y perdieron su fealdad á fuerza de repetirse. Algunos de los primeros hombres de Francia se deshonraron con falsificaciones y juegos fraudulentos; se dieron altos puestos en pago de servicios ilegítimos, y los agraciados sabían explotarlos al gusto de su codicia. El interés material valía más que la conciencia y el honor. Hasta primeros ministros, como Soult, Bougeaud y Thiers, fueron acusados de agios vergonzosos por la pública opinión. El ex ministro de la Guerra, general Cubieres, fué encausado por cohecho, y el ministro Teste estuvo preso por deudas en la cárcel de Santa Pelagia.

¿Qué extraño, pues, que el pueblo mirase como sus enemigos á todos los que rodeaban al gobierno y explotaban la mina que él llenaba á fuerza de sudor y privaciones? Luis Felipe, superior á todos en habilidad y conocimiento de los hombres y los negocios, tenía á mano unos cuantos políticos que le obedecían en absoluto y con los que combinaba sus ministerios, según las circunstancias. Thiers, el panegirista de la Revolución y del Imperio, político hábil y elocuente, se sujetó menos á la *voluntad inmutable* y proclamó el principio de que *el rey debe reinar y no gobernar*. Pero aquel alarde pasajero no alarmó á nadie ni hizo cambiar el giro de la política. Abandonado definitivamente por el rey, Thiers defendió en su órgano político *El Constitucional* los principios de una monarquía constitucional democrática. Más dócil que Thiers fué Guizot, hombre de altos méritos como catedrático é historiador, y no manchado con la nota de codicia. Pero, dócil servidor de su amo, carecía de independencia y firmeza políticas, y fué infiel al liberalismo que lo había elevado. Guizot se inclinó cada vez más al principio de la Santa Alian-

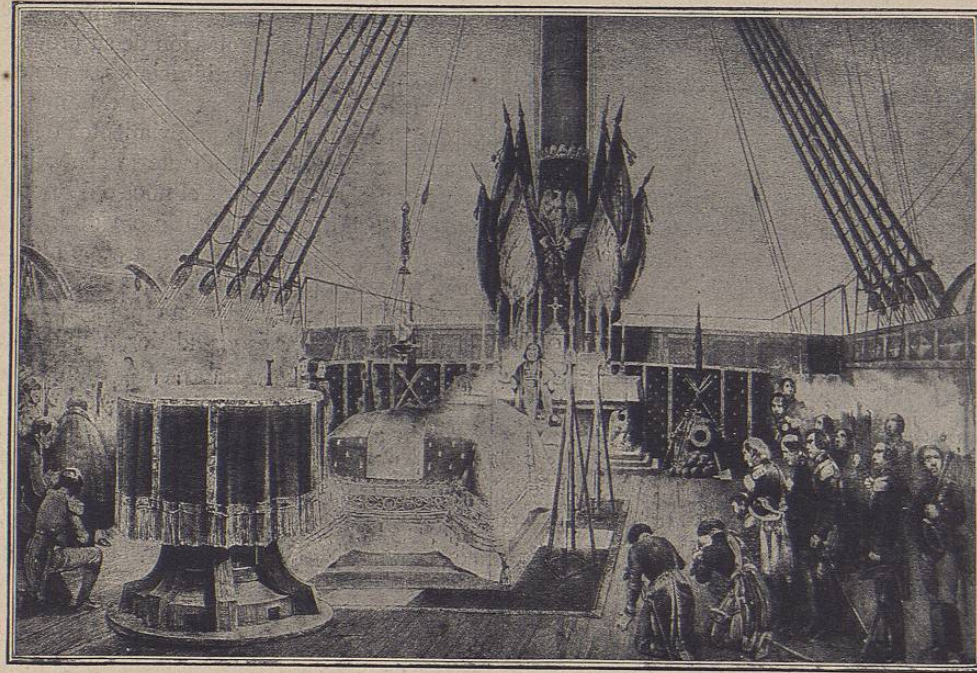
za: *todo para el pueblo, nada por el pueblo*. Luis Felipe oía con gusto comparar la revolución francesa á la inglesa, de donde sacaba él que la dinastía de Orleans duraría tanto como la dinastía británica de 1688. Pero Guillermo de Orange no había sacrificado el bien de su pueblo á sus intereses particulares.

El gobierno de julio había creído conducir mejor la nave del Estado no ligándose á ninguno de los grandes partidos que dividían entonces la Europa, y adoptando un término medio en el que pudieran venir por último á reunirse los moderados de los extremos. En este sentido los primeros ministros de Luis Felipe habían fundado el sistema llamado del *justo medio*, al que ajustaron su conducta, y del que recibieron el nombre de *doctrinarios*, con la censura de que su sistema no se fundaba en el conocimiento práctico de lo presente, sino en teorías preconcebidas y tendencias fijas que le daban una base artificial. Este sistema halló pronto la contradicción y fuertes opositores. Desde luego fué combatido por los legitimistas apoyados en el clero, contagiado también de política y muy entregado á los negocios terrenales. Pero aún era reciente la expulsión de los Borbones, y habiendo aparecido un día la bandera blanca en la iglesia de San Roque, con ocasión del aniversario de la muerte del duque de Berry, se produjo una grande agitación, siendo allanado el palacio del arzobispo y arrojados los muebles al Sena. Poco después los legitimistas volvieron á poner sus esperanzas en el fiel Vandeado. La duquesa de Berry fué allá en persona á fin de resucitar las hazañas caballerescas y el espíritu realista del pueblo. Pero el alzamiento se cortó á tiempo, y hecha prisionera la duquesa en 7 de noviembre de 1832, y dando en su cuerpo señales de relaciones galantes, disipóse el encanto que ligaba al pueblo á la familia desterrada. Renunció, pues, por entonces este partido á elevar al trono á su pretendiente el duque de Burdeos (Enrique V) y se encerró en el barrio de San Germán para ayudar con su bolsillo las intenciones republicanas, esperando de un nuevo trastorno y anarquía mejor estrella para el absolutismo.

Más temible que la oposición realista era la republicana, enemiga mortal de un gobierno que había abandonado á la Polonia, que trataba con los gabinetes absolutistas, que volvía la espalda á los liberales de Alemania é Italia, que en Francia perseguía á los periódicos republicanos y prohibía las asociaciones políticas. Comenzaron la lucha en Lyon (1831), donde apoyados por los obreros de la seda dominaron la ciudad durante una semana, hasta que acudió Soult con fuerzas numerosas. Todavía intentaron probar en París nueva fortuna. El cortejo fúnebre del general Lamarque, uno de los jefes de la oposición, fué la señal de un levantamiento republicano, pero sin más resultado que el de Lyon, y severamente castigado en sus autores. Desde aquel momento no empenó este partido grandes luchas á la luz del día; se resignó á su desgracia y propagó sus ideas por medio de los periódicos y las sociedades secretas; sólo la opresión y persecución de la policía irritaban de vez en cuando su rabia comprimida. El *Nacional*, redactado por el valiente Armand-Carrel y luego por Marrast, después de haber sido muerto aquél en un duelo con Emilio de Girardin, era el órgano más castigado de este partido. Pero no tardaron mucho en

dividirse los republicanos en fracciones diferentes. Mientras el republicanismo puro sólo atacaba la Constitución existente y aspiraba á un cambio de gobierno, se adelantaba otro partido, capitaneado por Prudhón, á condenar la propiedad como un robo del rico al pobre, y declarar la guerra á todos los poseedores; y otros, como Luis Blanc, halagaban las pasiones del pueblo artesano ponderando sus sacrificios presentes y su importancia futura, predicaban la igualdad del capital y el trabajo, pedían aumento de salario y garantía para el jornal mediante una organización garantida por el Es-

fué la consigna común de las sociedades secretas; los medios de conseguirlo habían de ser la reforma electoral y el cambio de Constitución. Poesías ardientes que avivaban el rencor del pobre contra el rico, animadas pinturas de las injusticias sociales y de la miseria humana, situaciones é incidentes causados por las preocupaciones y la confusión reinante en las ideas, eran temas favoritos de los literatos y novelistas de este partido. La creencia en la inmortalidad y en una justicia póstuma pasaba por una quimera con que el pobre, engañado en su esperanza de goce terreno, recibe como consuelo



El féretro de Napoleón en la cubierta de la *Belle Poule* durante su travesía desde Santa Elena á Francia

tado. Veían estos últimos la salud de la sociedad sólo en un cambio de las relaciones económicas, y acomodaban á este fin los sistemas socialistas y comunistas. Desconociendo el complicado organismo de la vida de los pueblos, aplicaban á la sociedad humana el estrecho y egoísta regulador de los talleres y de los clubs. Las ideas comunistas y socialistas se propagaron rápidamente merced al interés de la prohibición y del secreto, que las hacían aparecer á los poco ilustrados y á los oprimidos como ciencia profunda y única tabla de salvación; y poco estudiadas por los hombres de ciencia ó tratadas ligeramente de quiméricas, no fueron debidamente prevenidas y eran propagadas en todos los países. El progreso del comercio y de la industria, hijo de la larga paz, trajo el bienestar á las clases medias; el lujo y el regalo de los ricos daba en los ojos á la masa desposeída y autorizaba la creencia de inmensos tesoros y de ganancias enormes del propietario, comerciante y fabricante á costa del obrero hambriento y desnudo. Este sentir cundió entre las masas; los ambiciosos de nombradía y popularidad exaltaban al pueblo con precesiones de igualdad y fraternidad, que tan acomodadas al egoísmo y á la pereza como á la desgracia inmerecida, hallaban dócil auditorio en el proletariado creciente. Destrucción de todo lo existente, ecuación de los haberes con las necesidades, guerra á las clases ricas: esta

la esperanza en la vida celestial; el gobierno y la autoridad eran un mecanismo movido por la fuerza, al que ningún deber obliga y que sólo dura mientras el pueblo no conoce sus medios de acción ó no hace uso de ellos.

Con estas doctrinas, cuyas raíces estaban en Francia y cuyas ramas se extendían á toda Europa, fué minado el suelo en que descansaba el edificio político de julio; y creciendo estos elementos en fuerza y organización, amenazaban de muerte á todo el orden existente. Convencidos los jefes de las sociedades secretas de que el organismo político en Francia se sostenía sólo por la persona del jefe, llevaron sus golpes á la vida del rey, para fundar en el momento de confusión un gobierno republicano y plantear de una vez las reformas sociales. De ocho conatos homicidas escapó milagrosamente Luis Felipe, siendo el más terrible el ejecutado por el corceguño Fieschi en el aniversario de julio de 1835, mediante una máquina infernal; en la explosión murieron veintiuna personas cercanas al rey, entre ellas el duque de Treviso, mariscal Mortier. Fieschi y sus dos cómplices murieron en la guillotina, sin que el ejemplar castigo retrajera á otros de nuevos atentados. Alibaud, Darmes y otros pagaron sus golpes regicidas, unos en el cadalso, otros en la deportación; y, últimamente, el mayor aunque malogrado levantamiento de 1839 reveló en parte los elementos que ardían en las entrañas de

la sociedad. Las clases altas y medias veían indiferentes la agitación de las sociedades obreras, y aun daban la mano, descontentas del espíritu reinante, á la oposición parlamentaria que se apoyaba en parte en estas sociedades.

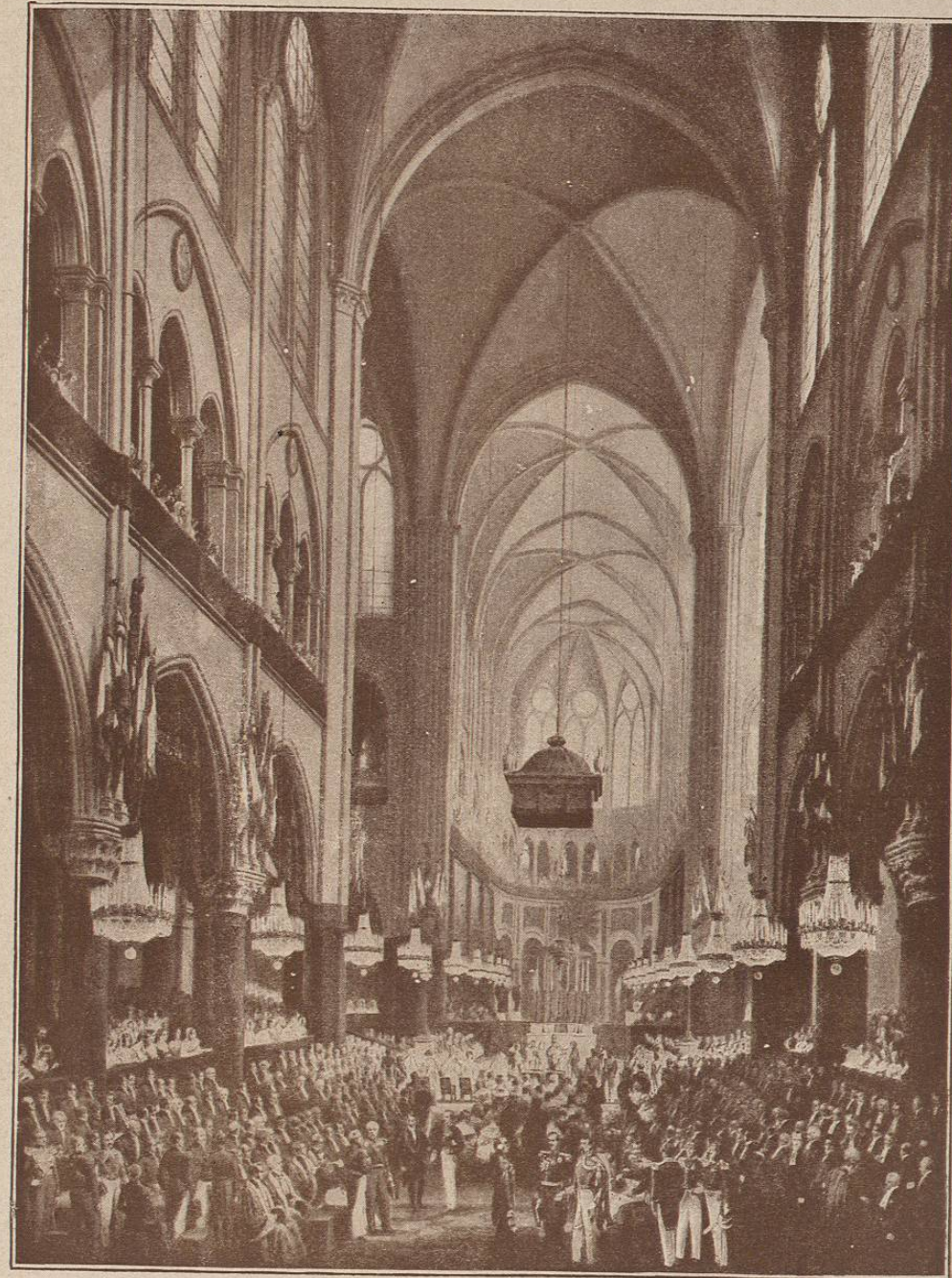
El gobierno, en vez de examinar atentamente el estado político, atraerse á las clases medias é interesarlas con reformas graduales en sentido democrático, con ampliaciones de capacidad política y leyes de interés general, tomaba pje de cada conato regicida, de cada manifestación democrática para cercenar los derechos garantidos por la Carta y extremar las leyes de septiembre, motivadas por el atentado de Fieschi, para la represión de la prensa periódica. La imposición de fianzas excesivas, la introducción del voto secreto en el jurado y la ampliación de la penalidad contra los ausentes (por contumacia) dieron nuevo vigor á los fallos judiciales, que amenazaban la libertad y la seguridad personal y despertaban desconfianzas entre hombres y partidos. En vano se opuso la izquierda de la Cámara bajo Odilón Barrot y otros, apoyada por la voz respetable de Royer-Collard, á aquellas medidas reaccionarias; la mayoría ministerial, creyendo enfrenar la opinión por el terror y que la prensa liberal era la fomentadora de los males públicos, votó las leyes de septiembre que restringían la libertad de imprenta.

Contando con la mayoría del cuerpo electoral, ganado por medio de la intimidación ó la corrupción, siguió el gobierno su camino, alejándose cada vez más de la opinión nacional. Influidos también en la elección de los jurados, quitó á esta institución la confianza pública; sólo una vez fué el gobierno derrotado ante este Tribunal.

En Estrasburgo intentó el joven príncipe Luis Napoleón, con algunos partidarios de su tío, derribar el trono de julio, mediante una sublevación militar, y levantar nuevamente el águila del Imperio. Pero, vencido con facilidad, fué enviado á América sin juicio previo. Esta gracia arbitraria fué tan mal recibida, que en la Audiencia fueron absueltos los cómplices del príncipe, y, presentada por el gobierno á las Cámaras la ley de *disyunción*, para que en las sublevaciones mixtas de paisanos y militares, los primeros fuesen llevados al jurado y los segundos á sus tribunales, fué rechazada la ley. Al cabo de poco tiempo, Luis Napoleón repitió su tentativa (6 de agosto de 1840), desembarcando en Boloña procedente de Inglaterra; pero pagó esta vez su intentona con larga prisión, de que logró escaparse. El gobierno, sin embargo, temía tan poco los planes bona-

partistas, que dispuso traer de Santa Elena con pompa solemne las cenizas de Napoleón para depositarlas en la capilla de los Inválidos (16 diciembre 1840).

A Luis Felipe le inquietaban más los republicanos, comunistas y socialistas, en particular desde que había perdido á su hijo mayor el duque de Orleans, muerto en un accidente de carruaje. Siendo aún de tierna edad el presunto heredero de la corona, conde de París, fué designado para la regencia, en el caso de morir el rey antes de la mayoría de su hijo segundo, el duque de Nemours, con exclusión de la virtuosa madre del príncipe, Elena de Meklemburgo; y para defender su persona y su dinastía de un golpe de mano, obtuvo, apoyado por Thiers, la aprobación de su proyecto favorito de cercar á París con fortificaciones, á pretexto de proteger la ciudad contra enemigos extranjeros, pero en verdad, para reprimir los movimientos democráticos y republicanos; porque mediante la centralización sistemática que hacia de París el núcleo de toda Francia, el que era dueño de la capital lo era de la nación. Gastáronse en la obra sumas inmensas, que hubieran alcanzado para cruzar el país con una red de ferrocarriles; pero bastaron pocos días para probar que es vana la confianza en baluartes y soldados, donde falta el escudo del amor y respeto del pueblo. Algunas partidas de trabajadores y unas cuantas barricadas no hubieran causado un cambio total en el gobierno, si éste no hubiera olvidado los principios de la revolución que lo elevaron, si no hubiese patrocinado á los jesuitas y á la aristocracia bursátil, enajenándose, por ende, la voluntad de las clases productoras y laboriosas, que constituían las entrañas de la nación. Veíase con indiferencia sucederse unas Cámaras á otras, pues nadie esperaba cambios importantes en estos cuerpos elegidos, no por la nación, sino por una pequeña parte de ella; se oía sin interés la noticia de cada cambio ministerial, ya presidiese Guizot ó ya fuese Molé el presidente del consejo; el *pensamiento inmutable* de Luis Felipe dirigía siempre la nave del Estado; los panegíricos del *Diario de los Debates* alucinaban sólo á los pocos que medraban con la dinastía; los demás leían los periódicos de la oposición y veían con gozo maligno á los hombres que se acercaban al rey perder en seguida la popularidad, ó escuchaban con avidez, quién los folletos fulminantes de Lamennais, Cormenin y otros contra el sistema de gobierno, quién las obras de Jorge Sand (Madama Dudevant), Eugenio Sué y tantos escritores de la época, que apasionaban al pueblo con sus novelas revolucionarias.



BAUTIZO DEL CONDE DE PARÍS EN NUESTRA SEÑORA DE PARÍS
(Copia del cuadro de Sebran, que se conserva en la Galería histórica de Versalles)